

hacia la Santísima Virgen, celebrando él mismo sus glorias y sus alabanzas todos los sábados en los lugares en que residia.

Por último, conociendo Alfonso cuánto aprovechan para conservar la piedad cristiana las reuniones piadosas, porque son un medio muy á propósito y eficaz para frecuentar los sacramentos, escuchar la palabra divina y ejercitar actos de virtud, volvió á poner en vigor muchas de ellas que habian decaido, y estableció otras nuevas. Entre estas estableció dos en la ciudad de Santa Agueda, una para las niñas y las jóvenes en la iglesia de Monte Virgen, y otra para los caballeros en la iglesia del Cármen, y todos los domingos iba á predicar, por la mañana en esta última y por la tarde en la primera, y cuando ya no pudo ir dió este encargo á algunos sacerdotes fervorosos. Estableció otra semejante en Arienzo para los caballeros, y aquí sucedió una vez que dándoles los ejercicios espirituales en la iglesia de los padres carmelitas, hablándoles una noche del patrocinio de la Virgen, se quedó repentinamente como estático y con el rostro tan encendido y tan resplandeciente, que con grande asombro de los que allí estaban se vió toda la iglesia extraordinariamente iluminada, y dijo luego: *He aquí á la Virgen que ha venido á dispensarnos sus favores: roguémosle que todo lo alcanzaremos.*

Con estos y otros medios y precauciones semejantes usados por Alfonso para extirpar el vicio y para radicar la virtud en su grey, ¿qué extraño es que en poco tiempo se viese mudar de aspecto á toda su diócesis? Los escándalos desterrados, la ignorancia de la doctrina cristiana destruida, las costumbres reformadas, la frecuencia de los santos sacramentos, la concurrencia y mayor devoción en los templos santos, los cánticos espirituales con que resonaban los campos: todas estas cosas edificaban á los que las veían ó las escuchaban, y al mismo tiempo manifestaban con toda claridad la vigilancia y la bondad del sagrado pastor.

CAPITULO IX.

Caridad de San Alfonso con respecto á las necesidades temporales de su grey.

Si Alfonso se mostró siempre tan solícito en procurar de todos modos los bienes espirituales de su grey, no lo fué menos en procurar ayudarla en todas las necesidades temporales. Sabia muy bien que no puede lisonjearse de que ama á Dios de veras, el que

no tiene misericordia con su prójimo, cuando este se halla en la necesidad y en la miseria: ni ignoraba que los bienes eclesiásticos son el patrimonio de los pobres. De aquí es que, en una carta escrita por él se leía, que desde los principios de su obispado se había propuesto administrar las rentas de modo que sacando de ellas su miserable manutención, se emplease todo el resto en la iglesia y en los pobres que eran sus dueños. Pues bien, lo que se había propuesto hacer, lo ejecutó con la mayor escrupulosidad y exactitud.

Ya hemos visto la economía que usaba, ó mejor dicho, la estrecha pobreza en que vivía, privándose aun de las cosas necesarias, y que podía usar conforme al rigor de los sagrados cánones, á fin de tener mas de que disponer para obras pias ó para socorrer necesidades. Habiendo ido á visitarlo á Airola su hermano D. Hércules con su esposa D^a Mariana, como á los dos años de obispo (como ya se dijo), tanto por afecto, como con la esperanza de que estando ya en posesion de las rentas del obispado, pudiese dejarles la asignacion anual que tenia por la casa y que le había dejado su padre, no pudieron conseguirlo, á causa, como él decia, de que las rentas del obispado eran de los pobres, y la asignacion citada le servia para su manutención.

Y en efecto, era tan diligente y tan circunspecto en esto de evitar cualquiera gasto no enteramente necesario, por pequeño que fuese, que á los jóvenes estudiantes de su congregacion que habían ido á visitarlo en las vacaciones de otoño, les hizo entender á los pocos dias, que se fuesen porque las rentas del obispado no eran suyas; y despues de muchas súplicas, apenas les dió unas pocas de monedas para el viaje. Lo mismo hizo cuando su hermano D. Hércules fué á visitarlo á Arienzo para presentarle dos de sus hijos: al ver Alfonso á sus sobrinos, les puso la mano en la cabeza, y despues de pocas palabras los despidió, diciéndoles, que no tenia tiempo que perder, y al mismo tiempo dijo á su hermano, que solo podria detenerse allí tres dias, porque no lo podía alimentar por mas tiempo en atencion á que las rentas del obispado eran de los pobres. Ademas, hallándose la casa de su congregacion que había en Iliceto en tal penuria que deberia cerrarse, el rector de ella acudió á Alfonso suplicándole que diese algun socorro á aquellos sus alumnos, así como lo daba á los pobres. Al oír él esto, lleno de celo le respondió al instante, que debía emplear las rentas de su obispado en auxiliar no á su congregacion, sino á los pobres de la diócesis, y le dijo que en lo sucesivo se abstuviese de volverle á hacer esta clase de pedidos.

Con estas economías y con estas previsiones procuraba Alfonso tener con qué socorrer á sus diocesanos en sus necesidades: con esto queria que las puertas de su palacio estuviesen abiertas á todas horas para los necesitados y para los mendigos que acudian á él, y les daba á todos, segun su necesidad, dinero, ó alimentos, ó camas, ó vestidos, ó cualquiera otra cosa, sin permitir jamas que nadie saliese descontento y afligido. No habia noche en que no fuesen algunas personas pobres y vergonzantes á esponerle sus miserias y recibir algun auxilio: ni era raro que sucediese que llegando los pobres justamente á la hora de su escasa comida, se quitase el alimento de la boca para dárselo; y si por acaso alguno le decia que cuidase mas de su propio sustento, solia responder, que no tenia corazon para negar el alimento á sus hijos cuando le pedian pan. Cuando salia á la calle, se veia rodeado de una multitud de pobres, á todos los que, ó con sus propias manos, ó de otro modo les daba alguna limosna: ademas de esto, habia dado orden á su mayordomo de que todos los sábados distribuyese en la puerta del palacio pan y dinero á todos los mendigos que acudian allí.

Pero como hay muchos que retenidos por la calidad de su nacimiento, por cierta vergüenza natural, ó por cualquiera otro motivo, no se atreven á men-

digar públicamente, ni aun á pedir en secreto algun auxilio por caridad, viviendo entre mil angustias y miserias en sus casas; dispuso Alfonso que los curas de sus parroquias le diesen una noticia exacta de todas estas personas, para ayudarlas con algunas limosnas mensuales, ó de cualquiera otra manera. Con esto era muy grande el número de las personas que á causa de estas noticias recibian de él en secreto, ó por medio de los mismos curas ó de algunas otras personas de probidad, abundantes socorros, en dinero, en ropa blanca ó en algunas otras cosas necesarias. No habia sacerdotes incapaces ya de celebrar, ó positivamente pobres, ni artesanos y gentes del campo, que por su edad ó por alguna falta de salud habitual no pudiesen ya procurarse el sustento con su trabajo, ni viudas desconsoladas con niños tiernos sin tener quien les diese lo necesario para vivir, ni huérfanos desolados y faltos de todo auxilio, ni tantas otras clases de necesitados, de cualquiera condicion que fuesen, que no experimentasen los efectos de la caridad de Alfonso. Pero sobre todo, tenia el mayor cuidado con las doncellas, que por su pobreza podian estar espuestas á mil peligros; así es que las alimentaba y les daba cuanto pudiesen necesitar, y si contraian matrimonio, no solo les dispensaba todos los derechos de su curia, sino que les proporcionaba di-

nero para el dote, camas ó cualesquiera otros objetos de que necesitasen: además, si se necesitaba alguna dispensa para que se verificase el matrimonio de algunas personas pobres, removiendo de este modo todo peligro y escándalo, él procuraba obtenerla y al mismo tiempo pagaba todo ó parte de los gastos que esto ocasionaba.

Quería, como ya se ha dicho, que se le informase de los enfermos que hubiere, y los iba á visitar, no solo para proporcionarles toda clase de auxilios espirituales, sino que si eran pobres, para llevarles algunas confituras y dinero con que pudiesen pagar sus medicinas, ó para que los empleasen en cubrir cualquiera otras necesidades; y si por sus enfermedades ó por algunos otros motivos no podía ir en persona, buscaba el medio de enviarles dichos socorros. Habiendo sabido que su médico se había roto un brazo al caer de su carruaje, fué á visitarlo inmediatamente, y al despedirse le puso con el mayor disimulo doce ducados debajo de la almohada para que pudiese enviar por un cirujano de fuera que lo curase bien.

Tampoco olvidaba á los encarcelados con respecto á sus necesidades temporales, así como no los había olvidado en las espirituales; porque además de la limosna que dos veces á la semana les hacía distribuir á cada uno de ellos, que por lo regular no eran po-

cos, y de las que les daba cuando pasaba por las cárceles, les mandaba algunas subvenciones extraordinarias, para que tuviesen suficiente alimento, para que pudiesen socorrer á sus familias, ó para que pudiesen procurar su escarcelacion. Tampoco dejaba de interponerse á menudo con los acreedores, y aun de contribuir con alguna suma para que saliesen de la cárcel los que estaban allí por deudas. Una ocasion, uno de sus familiares hizo poner en la cárcel á un criado que habia robado una poca de miel y un cuchillo de cocina en el mismo palacio episcopal: luego que lo supo Alfonso reprendió al familiar porque lo habia hecho sin su conocimiento, y quería que fuese al momento á hacerlo poner en libertad; pero habiéndole dicho, tanto su vicario como algunas otras personas, que seria bueno mortificarlo con un par de dias de cárcel, lo cual aun serviria de ejemplar para los demás, dejó de insistir en ello; pero escribió inmediatamente al gobernador para que no se le formase causa alguna á aquel pobrecillo, y le remitiese el cuchillo robado, dando orden al mismo tiempo de que por aquellos dos dias se le enviase de comer por la mañana y por la noche; y no contento con esto, hizo un regalo á los soldados, pagó al portero así como todo lo que se ofreció, y cuando salió de la cárcel el delincuente le dió una gran limosna.

De este modo derramaba Alfonso las rentas de su obispado en el seno de los diocesanos pobres, y todos se maravillaban de cómo podían bastar para remediar las necesidades de tantas familias. Hecha la cuenta de los gastos anuales, solo la suma de las limosnas fijas sobrepujaba con mucho á la de la mantencion del obispo y de sus familiares: pero aun habia mas, porque si socorria á los necesitados tendiéndoles una mano caritativa, tambien los ayudaba perdonándoles á menudo lo que á él pertenecia. Tambien perdonó grandes sumas de dinero á muchos que llegaron á quedar imposibilitados de pagárselas, como sucedió entre otros á un administrador de su mesa episcopal, y aun varias veces á un arrendatario de algunos terrenos de la misma mesa. Tampoco exigia á los sacerdotes pobres el derecho del *pastor bonus*, ni los derechos de su curia á los clérigos pobres, á quienes mas bien daba el dinero necesario para hacer los ejercicios espirituales. Ademas, habia establecido que por las bulas de las sagradas órdenes no se llevase mas que un *carlino* para el canciller, y nada mas; y que en los castigos jamas se impusiesen penas pecuniaras, ni derechos que escudiesen de la tasa Inocenciana. Un canónigo designado por él, como abogado, debia defender *gratis* á los eclesiásticos y á los seculares que se hallaban en la miseria, y él les perdonaba

de buena voluntad todos los derechos de su curia á todos los pobres que se lo pedian; de modo que dicha curia no producía en algunos meses del año ni aun el importe de la paga del vicario general. Un dia que el canciller se quejó algo con Alfonso porque perdonaba tan ampliamente los derechos de la curia, le respondió éste: *Yo quiero perdonar lo que me pertenece; cobrad lo que á vos toca:* de modo que hasta el mismo canciller perdonaba lo que le pertenecia por seguir el ejemplo del obispo.

Con esto, no debe uno maravillarse de que despues de unas limosnas tan abundantes, y de perdonar tantas cantidades de dinero, se encontrase á menudo desprovisto de todo y en la necesidad de tener que pedir prestada alguna corta cantidad para vivir. En cierta ocasion fué á verlo una persona necesitada, á cuya consorte habia asignado Alfonso una limosna mensual, suplicándole tuviese á bien darle algun otro socorro caritativo para pagar siete *ducados* por cuya deuda se le amenazaba con la cárcel. Movidó al instante á compasion hácia aquel pobre, y no teniendo por entonces nada que darle, quedó responsable con el acreedor, obligándose á pagarle seis *carlinos* cada mes hasta la estincion de la deuda, como en efecto lo hizo, sin dejar entre tanto de dar á la consorte del deudor la asignacion que le tenia hecha. Cuando re-

nunció el obispado faltaban todavía doce *carlinos* para cubrir la deuda, y los dió en junto antes de salir de su diócesis. Solo este hecho es mas que suficiente para demostrar la afectuosa caridad de Alfonso para con sus diocesanos, y al mismo tiempo la estrechez y la pobreza en que vivía á causa de la misma caridad.

Y aun lo dicho hasta aquí es nada en comparacion con lo que hizo el año de 1764, en que una gran carestía general afligió á toda la Italia. Como si presagiase el porvenir, habia hecho desde antes contra su costumbre y con admiracion de todos, una gran provision de habas y de frijol que luego que se hizo sentir la necesidad distribuyó á los pobres. Despues repartió todo el grano que tenia, y escribió cartas á todos sus amigos, particularmente á su hermano D. Hércules para que le procurasen la mayor cantidad de grano que pudiesen. Entre tanto, para tener dinero con que socorrer á los pobres, no encontrando quien quisiese prestárselo por ser ya de edad avanzada y enfermizo, dió órden para que sin que llegase á noticia de su hermano D. Hércules, se vendiese el coche y las dos mulas que éste le habia regalado, así como la cruz pectoral de oro y el anillo con que lo habia obsequiado Monseñor Giannini, y se hizo comprar una cruz sencilla y un anillo bastante ordinario de metal dorado. Al mismo tiempo restringió tanto

su mesa, que apenas le bastaba para vivir, contentándose con una sopa, un poco de pan, y cuando mas una pieza de fruta, disponiendo que sus familiares tuviesen tambien una mesa mas frugal que de ordinario, exhortándolos á hacerlo así para que su pequeña abstinencia sirviese de alimento y reparo á los pobres. Mandó tambien que se vendiesen los seis cubiertos de plata que le habian quedado, diciendo que eran buenos los de laton. Sus familiares no quisieron venderlos, y sin embargo le hicieron creer que se habian vendido, y él quiso ver los nuevos cubiertos del metal venido de Nápoles. Despues cuando cesó la carestía y tuvieron que sacarlos á luz, le dijeron que habian estado empeñados hasta entonces. Y no sabiendo ya qué vender, queria barrer hasta con el roquete y el reloj, de lo cual fué disuadido por uno de sus familiares diciéndole, que particularmente el reloj le era muy necesario para saber las horas y arreglarse por él. En fin, parece que no solo habria vendido cuanto hubiera encontrado, sino aun á sí mismo para socorrer á sus diocesanos, como lo habia hecho San Paulino para socorrer á sus Nolaneses.

En virtud de sus esfuerzos obtuvo muchos sacos de trigo, de su hermano D. Hércules, y otros muchos de frijol que le mandó un sacerdote diocesano suyo, así como treinta ducados que recibió del padre Pas-

cual de Matthaéis de la Compañía de Jesus, el que habiendo oido en Nápoles las graves angustias en que se encontraba Alfonso, se habia compadecido de él. Este hizo distribuirlo todo inmediatamente á los pobres; pero no por esto dejaban ellos de molestarlo continuamente en su palacio, ni de rodearlo siempre que salia. Entre tanto, no dejaba de abocarse y de tener largas juntas y conferencias con el magistrado y con los canónigos para encontrar modo y manera de ayudar á tantos pobrecillos, inculcando fuertemente al mismo tiempo, tanto en los sermones como en las conversaciones familiares, á los ricos y á las personas acomodadas, así como á los eclesiásticos y á las comunidades religiosas, que tendiesen una mano caritativa á los pobres en aquellas tan críticas circunstancias: y habiendo sabido que el superior de un convento bastante rico, daba escasas limosnas, lo hizo llamar y le reprendió severamente su conducta, para que en lo sucesivo se mostrase mas liberal con los pobres de Jesucristo.

Pero todo esto no era bastante para saciar y contentar á una infinidad de gente que desfallecia de hambre. En efecto, una noche, á una hora muy avanzada, al retirarse á descansar los familiares de Alfonso, vieron en la antecámara del palacio episcopal, que siempre estaba abierto para los pobres, un jóven

desmayado sobre una banca, y tan transido por la abstinencia padecida, que no daba ni aun señales de vida. Inmediatamente avisaron al obispo, que acudiendo al punto, lo hizo confortar, primero con algun licor, y despues le hizo introducir en la boca algunos trocitos de chocolate, con lo que tuvo el gusto de verlo volver en sí poco á poco y recobrar el uso de sus sentidos. Despues lo conservó á su lado por muchos dias para que se repusiese y recobrase enteramente las fuerzas, y al despedirlo, despues de logrado esto, le mandó que volviese á verlo á menudo, como lo hizo en efecto mientras duró la penuria.

Sucedió tambien que habiéndose reunido un dia en su palacio un número extraordinario de pobres que imploraban compasion y socorro, les dijo con las lágrimas en los ojos: *Hijos míos, ya no tengo que daros: todo lo he vendido, coche, animales y cuanto tenia: ya no tengo ni de qué echar mano, ni encuentro quien me preste dinero.* A estas palabras todos se pusieron á llorar, y llorando él tambien se retiró á su aposento, dejando que otros distribuyesen la limosna á toda aquella multitud de pobres.

Entre tanto Alfonso, habiendo ya vendido cuanto tenia, queria hacer vender tambien las piezas de plata que servian en las misas solemnes, esto es, el bocal y la bandeja, diciendo que podian servir otras va-

cijas de barro, con el consentimiento del cabildo de la catedral y con el permiso del Papa; pero habiéndole dicho que el cabildo nunca le daría su consentimiento porque tales piezas no habían sido hechas por él sino por sus antecesores, y habían quedado en la caja sagrada, se tranquilizó inmediatamente y desistió de ello. Esto no obstante, solicitó que por lo menos se empeñasen así estas piezas como las de la catedral; pero ni aun esto pudo alcanzar: así es que muchas veces se le veía pasearse solo por los aposentos, muy triste y agitado, pensando en el modo de aliviar á sus hambrientas ovejas. Esta aflicción creció cuando los de los Bagnolos comenzaron á molestarlo constantemente para que los socorriese no solo como á sus diocesanos, sino mas como sus vasallos, y hasta algunos de ellos llegaron á amenazarlo, aun cuando les daba todo cuanto podia.

Pero mucho mayores fueron con mucho su dolor y sus temores al ver un dia que toda la plebe de Santa Agueda se atumultó por haberle faltado el pan, y que armada como pudo, se dirigió á casa del síndico cuya puerta destrozó con hachas á pesar de hallarse bien cerrada y guardada; mas afortunadamente para él, en aquel momento se hallaba en el palacio del obispo: lo que sabido por aquella plebe tumultuaria, se dirigió al instante hácia dicho palacio, entrando una par-

te en él y circundándolo por fuera los demas para que el síndico no se escapase. A su llegada pudo éste esconderse, y esponiendo Alfonso su vida por la agena, salió al encuentro de toda aquella multitud que hacia gran estruendo con su vocerío, y con las lágrimas en los ojos se esforzó en escusar al pobre síndico; se ofreció á sí mismo por víctima de su furor, les manifestó varias y fuertes razones para calmar los ánimos exaltados, y para lograr mejor su designio, hizo distribuir entre aquellos sediciosos toda la poca harina y pan que le habia quedado en casa, así como todo el pan y toda la harina que habia en el Seminario, con lo cual hizo cesar el tumulto.

Si Alfonso salvó la vida de este modo al síndico de Santa Agueda, tambien la salvó con su prevision sobrenatural á la persona que entonces se hallaba encargada del abastecimiento de provisiones de boca en Arienzo. Habia hecho venir de esta ciudad un canónigo para que arreglase el archivo de su curia episcopal, cuando una noche le mandó repentinamente que dejando pendiente su trabajo, se volviese al instante á la citada ciudad de Arienzo, porque allí lo necesitaban. Obedeció el canónigo, y á la mañana siguiente al dia de su llegada, se suscitó allí una sedición y tumulto del pueblo, que por falta de pan, buscaba con las armas en la mano al que presidia el

abastecimiento de las provisiones de boca para matarlo. Entonces comprendió el citado canónigo el motivo por qué su obispo lo habia hecho volver allá con tanta prisa; y acudiendo inmediatamente á esconder al que amenazaba de muerte aquella furiosa plebe, lo ocultó en el convento inmediato de los padres agustinos calzados, sustrayéndolo así al furor del pueblo.

Además, todas estas cosas no podian menos que tener sumamente afligido y angustiado el paternal corazón de Alfonso, viendo que ni todas sus rentas eran bastantes, ni encontraba modo de obtener dinero por otra parte para socorrer las infinitas turbas de pobres que acudian á él pidiéndole pan. Despues de otros muchos proyectos y tentativas que le salieron vanas ó insuficientes para mitigar el mal, aunque fuera en parte por lo menos, pensó por fin en recurrir al Papa para obtener el consentimiento apostólico para tomar dinero á rédito sobre los bienes de la mesa episcopal; pero previendo, por otra parte, que podria tardar en venir la resolución, como en efecto sucedió, para poner pronto remedio á las urgentes y desastrosas calamidades, pensó en cotizar las obras pías para obtener cierta suma, como lo hizo, con consentimiento del cabildo y del magistrado público, para tener con que socorrer á los pobres. Esto fué lo que hizo Alfonso, estas las providencias que tomó para socorrer

á los necesitados en un año tan calamitoso: por lo que creció mucho mas en la estimacion y en la admiracion de todos.

CAPITULO X.

Enfermedad de San Alfonso.

Alfonso era ya enfermizo, y padecia casi siempre muchas molestias en su salud; pero solo tres fueron las enfermedades graves y peligrosas que tuvo durante el tiempo que gobernó la diócesis de Santa Agueda. La primera fué en la misma ciudad de Santa Agueda, despues de la cual fué, como se ha indicado, á respirar un aire mas sano á Nocera de los Paganos. La segunda fué la que le acometió en Airola, le duró como dos meses y los médicos la calificaron de muy peligrosa y mortal: él la sufrió con toda alegría de ánimo y con entera resignacion á la divina voluntad; pero sin ningun recelo de morir, pues que á un padre abate de la congregacion de Monte Virgen, que fué á visitarlo, le dijo sonriendo una mañana: *Los médicos dicen que me muero, pero no he de morir*; como en efecto sucedió, viviendo todavia otros veinte años. Por último, la tercera fué la que le ata-